

# Cinco escenas transcaribeñas

*Five Trans-Caribbean Scenes*

Jorge Fonet<sup>1</sup> 

Casa de las Americas, La Habana



**Para citaciones:** Fonet, Jorge. "Cinco escenas transcaribeñas". *PerspectivasAfro* 2/2 (2023): 323-334. Doi: <https://doi.org/10.32997/pa-2023-4186>

**Recibido:** 31 de octubre de 2022

**Aprobado:** 2 de enero de 2023

**Editora:** Silvia Valero. Universidad de Cartagena-Colombia.

**Copyright:** © 2023. Fonet, Jorge. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.



## RESUMEN

De Eric Williams a los miembros del grupo Nuevo Mundo, de Andrew Salkey a Aimé Césaire, de C.L.R. James a Stokely Carmichael, las reflexiones producidas desde el Caribe cobraron una dimensión mayor al cruzarse con la Revolución Cubana y con la lucha por los derechos civiles en los Estados Unidos. La propia Cuba –como puede observarse en estas “escenas”– fue un eje clave en el que confluyeron notables intelectuales para potenciar el pensamiento anticolonialista.

**Palabras clave:** Caribe, colonialismo, esclavitud, Cuba, Revolución.

## ABSTRACT

From Eric Williams to the members of the Nuevo Mundo group, from Andrew Salkey to Aimé Césaire, from C.L.R. James to Stokely Carmichael, the reflections produced from the Caribbean took on a greater dimension when they intersected with the Cuban Revolution and the fight for civil rights in the United States. Cuba itself –as can be seen in these “scenes”– was a key axis in which notable intellectuals converged to promote anti-colonialist thought.

**Keywords:** Caribbean, colonialism, slavery, Cuba, Revolution.

<sup>1</sup> Doctor en Letras Hispánicas. Director del Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas. Correo: [direccioncil@casa.cult.cu](mailto:direccioncil@casa.cult.cu)

Tal ha sido la masa de ignorancia y falsedad  
que ha rodeado a estas islas por tantos siglos,  
que las verdades evidentes suenan como revelaciones

C.L.R. James

## Escena 1

El 8 de junio de 1940 Eric Williams llegó por primera vez a Cuba con el propósito de pasar varias semanas trabajando en archivos y bibliotecas. El mes anterior le había enviado una carta a Fernando Ortiz desde Washington –donde Williams recién iniciaba su carrera como profesor en Howard University– estableciendo contacto y comentándole cuál sería su proyecto en La Habana: “mi plan es trazar la conexión entre el surgimiento y desarrollo del capitalismo europeo y la institución de la esclavitud” (*El negro en el Caribe* 359) explicaba. A lo que añadía: “El tamaño e importancia de Cuba hace que la historia de la esclavitud y el comercio de esclavos allí constituyan una de las secciones vitales de mi estudio” (359).

Aquellas, confesaría más adelante, fueron prácticamente las semanas más inestimables de su carrera, pues las relaciones establecidas con Ortiz y con el ambiente intelectual cubano del momento –reiteraría en sus memorias, escritas en 1969– resultarían decisivas para su formación profesional. El hecho es que poco más de un año después de aquella primera carta, el proyecto esbozado allí había logrado cuajar. “Escribo un ensayo sobre Capitalismo y Esclavitud” (*El negro en el Caribe* 361), afirmaba Williams en otra carta a Ortiz, fechada el 18 de julio de 1941. Estaba exultante y reconocía que lo “encontrado excede mis sueños más salvajes” (361), de manera que no se limitaba a la enumeración: “Construcción de barcos, algodón, refinación de azúcar, comercio de hierro, destilación de ron, bancos, industria de salazón –todo al mismo tiempo o al otro depende de o está estimulado por el comercio esclavo y de las Indias Occidentales” (361). La magnitud de lo hallado lo llevó a tomar una decisión, la de “separar estos temas del resto de mis notas sobre esclavitud y escribir una monografía especial sobre el capitalismo británico y la esclavitud del negro, cómo el negro contribuyó a la civilización occidental” (361).

De esa investigación saldría, como es fácil colegir, uno de los textos clásicos del pensamiento caribeño: *Capitalismo y esclavitud* (1944). La carrera académica de Williams no cesaría de expandirse, y cinco años después de la aparición de ese volumen regresó a Cuba en una fugaz vista de solo dos días, a propósito de una reunión de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Paralelamente crecería su carrera política hasta el punto de que Williams se convertiría en Primer Ministro de Trinidad y Tobago tras la independencia del país en 1962, y se mantendría en el cargo durante casi veinte años. Lo era cuando en 1972 recibió en Port of Spain, capital del país, a los primeros ministros de Jamaica, Barbados y Guyana, y los cuatro decidieron establecer relaciones diplomáticas con Cuba en un momento en que la mayoría de los países latinoamericanos mantenían cortados sus vínculos con la Isla. Para Cuba ese fue, en el plano político, un importante momento de reconocimiento de su condición caribeña.

Apenas dos años antes, es decir, en 1970, Williams había publicado *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean 1492-1969* (y ese mismo año, con similar título, apareció el volumen del dominicano Juan Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*). Para ambos es obvio que el papel de la región –desde el “principio”, con la llegada de los colonizadores europeos, hasta la agitada contemporaneidad en la que escriben– desborda con mucho su limitada geografía.

Williams regresaría a Cuba una tercera y última vez, en visita oficial, en junio de 1975. En esa ocasión, naturalmente, no pudo encontrarse con su viejo amigo Fernando Ortiz, quien había muerto en 1969. Además de las actividades protocolares, la concesión del doctorado *honoris causa* por la Universidad de La Habana y un encuentro con intelectuales en la Casa de las Américas, además de eso, repito, viajó a la Isla de Pinos en compañía del Primer Ministro cubano para inaugurar una Escuela Secundaria Básica en el Campo en la que le habló a los estudiantes. El nombre de la escuela era “14 de junio”, en alusión a la fecha de nacimiento de Antonio Maceo y de Ernesto Che Guevara. Sin embargo, en sus palabras a los jóvenes, Williams se abstuvo de mencionar al segundo y se centró en el elogio del general mulato de las guerras de independencia. No era un gesto errático o vacío de sentido; más bien podía entenderse como un silencio afirmativo, tal vez menos relacionado con la distancia entre el radicalismo del argentino y la postura de Williams, que con la caribeñidad que este pretendía exaltar.

## Escena 2

“No creo que Castro cuando llegó al poder tuviera la idea de que Cuba era un país caribeño” (Chailloux, Kevitt y Girvan 73), afirmaba el intelectual Lloyd Best, también trinitense y cofundador del grupo Nuevo Mundo, en una entrevista que le hicieran en 2005. Para este, el líder cubano

tenía esa descabellada idea de Guevara, de que Cuba era un país latinoamericano, y no entendía que lo más importante, la única cosa importante sobre Cuba era que ella era el resultado de la presencia africana y de la plantación azucarera, en los siglos XIX y XX, y que se convirtió en una isla semejante a las otras del Caribe. (73)

Consideraba, además, que aquel “derrochó mucha energía y recursos tratando de hacer la revolución en América Latina”, cuando pudo haber hecho una conexión vital con los pueblos que entendían la explotación del azúcar: “Él debió crear un terreno apropiado para ellos y habría transformado toda la política de la región, lo que no pudo hacer en América Latina donde él no conocía a nadie y nadie le prestaba atención” (74). Por si fuera poco, Best iría más lejos y llegaría a afirmar que el líder cubano tenía dos elecciones: “elegir entre estar con el Caribe o con América Latina, lo cual significaba realmente estar con la Unión Soviética, y tomó la segunda elección” (74).

Aunque no dejaba de tener parte de razón, lo cierto es que Best simplifica una realidad mucho más compleja, puesto que Cuba es caribeña tanto como latinoamericana. Y desde luego que esa condición e identificación con la América Latina no fue una “descabellada idea” del Che Guevara sino una arraigada y antigua convicción que empujaba al país a reconocerse en la historia y la cultura del Continente antes que con su entorno más inmediato. A Best le parecen evidentes las semejanzas que imponen la esclavitud y la plantación pero olvida las que se desprenden de metrópolis, procesos de colonización e independencia similares, vías de comunicación, lengua y religión compartidas, etcétera.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> En cuanto a la visión que durante años prevaleció sobre las semejanzas o disemejanzas entre Cuba y el Caribe, es conocida la sobrecogedora frase de Cintio Vitier en *Lo cubano en la poesía*, al reprocharle al poema de Virgilio Piñera “La isla en peso” su deuda con el *Cuaderno de un retorno al país natal* de Césaire, lo que implicaba poner a Cuba al nivel de “una caótica, telúrica y atroz Antilla cualquiera” (379). No es necesario advertir que cuando Vitier y Best hablan del Caribe (o de las Antillas) se refieren en primer lugar a las de expresión inglesa o francesa y sus respectivos creoles; con las de habla española como República Dominicana y Puerto Rico hay evidentes relaciones y un parentesco obvio que nadie cuestiona.

Me interesa señalar, por otra parte, la opinión del jamaicano George Beckford –miembro, como Best, del grupo Nuevo Mundo–, porque en un artículo de 1965 titulado “Una mirada caribeña a Cuba” expresaba ideas que coinciden y a la vez discrepan de las de este. Si por un lado considera que Cuba antes de la Revolución no era, en esencia, diferente a cualquier otro territorio caribeño, hoy –advierte– “cualquier caribeño que visite Cuba puede quedar impresionado por al menos tres contrastes importantes e inmediatos con el resto de la región”. Señala entonces esas tres diferencias notables: la ausencia de síntomas de desempleo, la omnipresencia del programa educacional y la obvia participación del pueblo en los asuntos que afectan la vida nacional. Además, Beckford destaca una distinción muy particular: “La conciencia nacional e internacional de la población a todos los niveles y la atmósfera general de cohesión nacional, de orden público y de la seguridad en sí mismos no son características del resto del Caribe” (Chailloux, Kevitt y Girvan 188).

O sea, Beckford concuerda hasta un punto en percibir las semejanzas de Cuba con cualquier territorio caribeño que también veía Best, pero a partir de un momento concreto, ubicado en la historia y trazado por el triunfo revolucionario, los caminos se bifurcan. Antes había dicho que “el punto de vista establecido en el Caribe sobre Cuba es a la vez metropolitano e irrelevante” (Chailloux, Kevitt y Girvan 185), de manera que propone un punto de vista alternativo. Y en este, Cuba se distanciaría a voluntad de su entorno caribeño. Si las semejanzas económico-sociales (la plantación y la esclavitud) eran la base común, la ruptura con ese orden que promueve el cambio revolucionario significaría un distanciamiento de esa tradición. A diferencia de Best, quien entiende que la salvación del proyecto cubano debió pasar por la alianza con el Caribe, Beckford percibe en la ruptura con dicha tradición el sentido de emancipación de tal proyecto.

Para Best, dar la espalda al Caribe fue un desliz solo compensado con el acercamiento de Cuba a África años después. Gracias al envío de médicos y tropas a ese continente, las personas con las que Best habló cuando estuvo allí “entendían plenamente que Castro había convertido a Cuba, para decirlo como ellos lo decían, en un país latinoafriano” (Chailloux, Kevitt y Girvan 74). Best se refiere, sin mencionarla, a la masiva presencia cubana en el África subsahariana a partir de mediados de la década del setenta, lo que obtura, por cierto, la historia de una presencia significativa desde inicios de la década del sesenta, sobre todo en Argelia. Lo cierto es que la conciencia sobre África arraigó pronto en los debates en la Isla tras la Revolución. Cuando la revista *Casa de las Américas* consagró un número (el 36-37, de 1966), al tema “África en América” –dedicado a Fernando Ortiz, el “maestro que inició entre nosotros con rigor científico [...] los estudios del aporte africano a nuestra cultura” y “adelantó y defendió valientemente lo que es hoy nuestra visión de nosotros mismos” (4)–, quiso destacar una deuda. La nota editorial de esa entrega ratifica la cercanía y presencia del África negra y la América Latina: “No somos África, como no somos Europa: somos América, nuestra América. Pero esta es incomprendible sin sus raíces”, “como ahora somos más Cuba, somos ahora más África” (3). Se reconoce que el interés del número no es “propagar la manía folklórica que pretende vernos a nosotros, los subdesarrollados, como candorosos artífices de objetos destinados a museos y burocráticas instituciones. Nuestro concepto de África en América es bien otro”, un continente “que fue volcado a la fuerza en otro, América, cuya cultura contribuyó, contribuye a formar” (4).

Lo cierto, sin embargo, es que antes de que se hiciera visible en Cuba el interés explícito por el Caribe, existía uno previo por África, y antes aún por la cultura, preocupaciones y luchas de los afroestadounidenses (paso por alto su presencia, no desdeñable, previa al triunfo de la Revolución). Tal vez fue necesario ese periplo para entender mejor el contexto geográfico más inmediato. Ya en 1960 un grupo de intelectuales negros de los

Estados Unidos viajó a Cuba para conocer su realidad de primera mano. Entre ellos se encontraba Harold W. Cruse, quien a raíz de esa experiencia escribió “Cuba y el negro norteamericano”, que la revista *Casa de las Américas* publicó ese mismo año en su número 2. La relación entre la Revolución cubana y la comunidad negra de los Estados Unidos, como advertía Cruse, no era necesariamente idílica. Él recordaba, por ejemplo, las divergencias al interior del movimiento negro, el conservadurismo de buena parte de sus dirigentes, el hecho de que casi todos le dieron la espalda a Fidel Castro en su visita a Harlem en 1960, e incluso de que algunos le pidieran irse, como fue el caso de Jackie Robinson, la gran estrella del béisbol y primer afroamericano en integrar un equipo de Grandes Ligas. Hasta el periódico de Harlem más favorable a la visita, *The Citizen-Call*, cambió su actitud, al parecer, bajo la presión de los intereses financieros. Si en las páginas interiores de una edición se leían artículos favorables a la presencia del líder cubano, en la primera plana un titular exclamaba: “Castro, go home!”. El “único líder de Harlem que abiertamente dio la bienvenida a Fidel Castro”, recuerda Cruse, “fue el joven que representa al grupo musulmán, que en pocos años ha crecido en asombrosas proporciones, Malcolm X” (177). Desde entonces estaba claro que la admiración mutua se produciría casi exclusivamente con el ala radical del movimiento.

Si bien en ese texto Cruse afirmaba que dos semanas en Cuba no eran suficientes para comprender la realidad del país, más aún cuando esa visita coincidía con profundos cambios revolucionarios, la verdad es que él escribió aquel mismo año un agudo artículo que lamentablemente quedó entonces inédito. Se titula “A Negro Looks at Cuba” y fue publicado póstumamente en *The Essential Harold Cruse. A Reader* (2002). Curiosamente, Cruse hacía allí una asociación similar a la de Lloyd Best y George Beckford pero asociándola a su propio medio. Así, en lugar de percibir las semejanzas de Cuba con el Caribe de la plantación y la esclavitud, hacía notar las similitudes con el sur de su país, dado que, en efecto, las respectivas estructuras socioeconómicas guardaban notables parecidos. La Isla es tan cercana a Misisipi, Georgia y otros estados del sur –recuerda al inicio de su texto– que antes de la Guerra Civil pudo llegar a ser un territorio más del cinturón esclavista sureño. Ese hecho histórico fue, por cierto, una pretensión poco realista, pero lo que me interesa destacar es que la lectura de la Cuba sureña de Cruse no es muy distinta a la de la Cuba caribeña de Best y Beckford. Los tres, en cierta medida, están viendo lo mismo.

### Escena 3

*Havana Journal* es el título del volumen (o diario) escrito por el novelista y poeta jamaicano Andrew Salkey a raíz de su viaje a Cuba en enero de 1968, con motivo del Congreso Cultural de La Habana. En las palabras preliminares del libro, suerte de diario que se inicia en mayo de 1967, cuenta la prehistoria del viaje: una reunión con el poeta cubano Pablo Armando Fernández –entonces agregado cultural del Gobierno Revolucionario en Londres– en la sesión del Caribbean Artists’ Movement, que tuvo lugar en el piso del novelista y sociólogo jamaicano H. Orlando Patterson, y en el que participaron, además, su esposa, la antropóloga Nerys Patterson, el novelista George Lamming, el poeta e historiador Edward [Kamau] Brathwaite, el poeta y editor trinitense John La Rose y el pintor guyanés Aubrey Williams. Pablo Armando –intelectual de una sociedad que recientemente dijo no al colonialismo y el neocolonialismo, advierte Salkey– les habló de dos grandes reuniones en La Habana a las cuales esperaba que fueran invitados delegados caribeños: el Salón de Mayo, que por primera vez se presentaría en América y tendría lugar entre mayo y julio de 1967, y el Congreso Cultural de La Habana en enero

del año siguiente. Dado que se trataba de un diálogo con intelectuales y que el propio Pablo Armando era un poeta, no se mencionó en la conversación otro evento tan influyente y masivo como aquellos, pero de otra índole, que coincidió en el tiempo con el Salón de Mayo y también, dicho sea de paso, con el Encuentro de la Canción Protesta que organizara la Casa de las Américas. Me refiero a la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), sobre la que volveré más adelante.

En un segundo diálogo de Fernández con Salkey y su esposa Pat en casa de estos, hablan sobre literatura, medios masivos, relaciones de clase y raza en la Cuba prerrevolucionaria, etcétera. La calidez del visitante permite a los anfitriones conectar de inmediato con él y ese estilo caribeño-americano –afirma Salkey– fácil de reconocer en la clase media urbana jamaicana. Dos meses más tarde este se refiere a un breve encuentro con el también escritor cubano Edmundo Desnoes, de visita en Gran Bretaña y Europa durante la celebración del 26 de Julio en Round House (precisamente en los días en que tenían lugar el Salón de Mayo y la Conferencia de OLAS). Lo describe como un hombre *cool* y cosmopolita que aludió en la conversación al deseo que había en La Habana de contar con delegados británicos y caribeños en el Congreso Cultural, y que les leyó una declaración personal de su responsabilidad como escritor en la Cuba revolucionaria, en la que –recuerda Salkey– describió la libertad que disfrutaban los intelectuales cubanos. Aquel sería, por cierto, uno de los temas sobresalientes del congreso. Desnoes comentaría, además, que la Editorial Nacional de Cuba tenía previsto publicar una traducción de *Los jacobinos negros*, de C.L.R. James que, por razones no del todo claras, no llegó a realizarse entonces.

Finalmente, el 27 de noviembre Salkey recibió la invitación para participar en el Congreso Cultural, y casi exactamente un mes después, el 26 de diciembre, estaba a bordo de un vuelo de Iberia hacia Madrid, donde dos días más tarde abordaría el de Cubana de Aviación con destino a La Habana. En la parte inicial del trayecto viajaban desde Londres, entre otros, los también caribeños John La Rose y C.L.R. James, los sudafricanos Alex La Guma y Dennis Brutus, los británicos David Cooper y George Hutchinton. En medio del entusiasmo, James –según el testimonio de Salkey– se veía francamente pesimista y mortalmente taciturno. Por su parte La Rose, quien ya había vivido la experiencia cubana, disertaba sobre lo que encontrarían; por lo pronto, aseguraba que no había en la Isla nadie absolutamente blanco, pues se trataba de un país mulato. Las especulaciones se irían verificando o no en pocos días. Lo importante es que la presencia en el Congreso de los caribeños residentes en Londres tuvo una notable secuela pues fueron ellos los únicos que le dieron seguimiento tras finalizar sus sesiones; el 5 de abril y el 3 de mayo siguientes dos simposios organizados en la propia Londres por La Rose junto con Salkey, C.L.R. James, Brathwaite, Douglas Hall e Irving Teitelbaum darían continuidad a los debates desatados en La Habana (Acosta de Arriba).

Por lo pronto, el 29 de diciembre a las 7 am hora local, los setenta y dos delegados al Congreso que habían coincidido en el Britannia de Cubana de Aviación que despegó de Madrid, llegaron por fin a Cuba. El evento fue una multitudinaria reunión en la que coincidieron intelectuales y científicos del mundo entero. Como es fácil suponer, el tema esencial no estaba relacionado con los problemas estrictos de la creación artística o literaria o los problemas concretos de la investigación científica sino con preocupaciones de más largo alcance en que la cultura siempre era vista en un sentido amplio y en relación con los desafíos del colonialismo, el antiperperialismo, etc. Desde otra perspectiva, está claro que la atmósfera en que meses antes se había celebrado la OLAS y los temas allí abordados seguían vivos. No es extraño ni se debe solo a su carisma, por ejemplo, que se mantuviera presente la estela de uno de los más celebrados participantes allí, y Salkey recuerda que en una conversación

con dos muchachas cubanas, estas le preguntaron si conocía a Stokely Carmichael, el líder de los Panteras Negras nacido en Trinidad y Tobago, sobre cuya presencia en Cuba volveré.

Una de las cinco comisiones en las que se estructuró el evento, la I, tenía como tema “Cultura e independencia nacional”, a partir de la pregunta “¿Puede desarrollarse una cultura nacional bajo la dominación colonial o neocolonial?”. El poeta martiniqueño Aimé Césaire integró la Presidencia de esa Comisión y su intervención se tituló “Cultura nacional, colonialismo, neo-colonialismo”. Para él, ningún país estaba en mejores condiciones para pensar y llevar a cabo una revolución cultural como los llamados países subdesarrollados. Si bien el subdesarrollo supone inmensos contratiempos, entraña una paradoja pues –para Césaire– el hombre que ha pasado por la colonización y que vive en el subdesarrollo tiene una “posición privilegiada para concebir la recuperación y la realización total [...], para concebir la Revolución integral”.<sup>3</sup> No es por azar, dice, que sea “desde las Antillas, situadas en la encrucijada de todas las alineaciones (racial, religiosa, política, lingüística), que surge el llamamiento a la Revolución integral”, ni que sea Cuba “el ejemplo más sobresaliente que se haya dado hoy al mundo”. Esa idea de la centralidad del Caribe y el papel protagónico que está llamado a ejercer, estaba presente ya en el Martí que escribía en 1894 que en el fiel de América estaban las Antillas, y el de la carta testamento escrita en vísperas de morir en combate al año siguiente, en que afirmaba que su deber era impedir con la independencia de Cuba que se extendieran los Estados Unidos por las Antillas y cayeran, con esa fuerza adicional, sobre nuestras tierras de América.

Salkey fechó *Havana Journal* en “Londres-La Habana (Matanzas-Las Villas)-Londres”, entre el martes 26 de diciembre de 1967 y el domingo 7 de abril de 1968, aunque su agitada experiencia cubana concluiría poco más de tres semanas después del arribo a la Isla. De hecho, el domingo 21 de enero de 1968 emprendió el camino de regreso. Todavía durante el vuelo sigue conectado con las discusiones tenidas en los días del Congreso, relee partes de la “Declaración de Camiri”, de Régis Debray, discute con un noruego, vecino de asiento, sobre este y sobre la opinión de los cubanos, mientras un francés sentado al frente le preguntó qué pensaba del discurso de clausura de Fidel, o su parecer sobre la solidaridad de los intelectuales europeos con la Revolución. Pensé cuidadosamente la pregunta, confiesa Salkey, sospechando un inevitable debate. En eso, una azafata llegó con una bandeja de tabacos *Congreso*, obviamente elaborados para la ocasión. A la mañana siguiente, tras una escala en las Islas Azores, llegaron a Barajas, y pocas horas más tarde Salkey continuó con algunos colegas hacia Londres, a cuyo aeropuerto arribaron a las 11 de la mañana; un compañero de viaje, atento al reloj, resumió –en escasas palabras que cierran el volumen– el duradero efecto de la experiencia: “Six o’clock, Havana”.

#### Escena 4

Al Congreso Cultural de La Habana llegó C.L.R. James como una de las figuras prominentes entre los varios centenares de participantes. En el mismo viaje le correspondió integrar el jurado del Premio Literario Casa de las Américas, y en esta institución ofreció el 29 de enero de 1968 una conferencia titulada “La Revolución en Europa y la Revolución en las Antillas”. Pero me interesa regresar a la breve presentación de James en el Congreso titulada –previsiblemente, dado el temario general y lo mucho que se habló del tema– “La responsabilidad de los intelectuales”. Iniciaba sus palabras expresando temor y dudas por las enormes potencialidades y

<sup>3</sup> Todas las citas de Césaire y de C.L.R. James en el Congreso Cultural de La Habana están tomadas de los originales de sus intervenciones, recogidas en una multimedia por Rafael Acosta de Arriba.

responsabilidades del Congreso, y recordando que el mundo introducido por Cristóbal Colón y Martín Lutero ya no existía: “Lenin, Nehru y Gandhi, Mao-Tse-Tung, Nkrumah y Fidel Castro han destrozado sus cimientos”.

En los diez puntos en que resumió sus palabras repitió esa idea recurrente en varios de sus textos, y que considera una de las premisas fundamentales en este Congreso (las cuales coinciden en buena medida, dicho sea de paso, con las ya citadas de Césaire): la de que el Caribe ha desempeñado un papel significativo en la destrucción del control europeo sobre África, papel desproporcionado con la extensión territorial del espacio al que pertenecen figuras como Marcus Garvey, George Padmore, el propio Césaire y Frantz Fanon. Igualmente, recordó, la historia de la civilización occidental no se puede escribir sin mencionar los nombres de Bellay, Dumas padre, Leconte de Lisle, José de Heredia, St. John Perse, Césaire y el grupo actual de escritores antillanos entre los que mencionó a Alejo Carpentier, Wilson Harris y Stokely Carmichael.

Para él, la Revolución Cubana señala que las formidables contribuciones que el intelectual antillano ha aportado a la emancipación de África y al desarrollo de la civilización occidental, han llegado a un punto culminante. Esa excepcional capacidad para las contribuciones creadoras no deben aplicarse ahora tanto en el exterior, como se hizo anteriormente con relación a África o en el impulso a la literatura británica o francesa, sino volcarla sobre la vida de las Américas para desarrollar su tremendo potencial, la cultura en los países subdesarrollados y también en los países desarrollados. Si antes los intelectuales antillanos –añadió– necesitaban encontrar la base popular en África y en la literatura europea, ahora deben buscarla en la población de las propias Antillas. Y concluyó afirmando que la función de este Congreso “es que los intelectuales deben preparar el camino para la extinción de los intelectuales como personificación de la cultura”.

James llegó al Congreso precedido por un sólido prestigio intelectual, justamente ganado desde la aparición de *Los jacobinos negros*, publicado originalmente en 1938, y al que un cuarto de siglo después agregaría el apéndice “De Toussaint L’Ouverture a Fidel Castro”. Sobre el posible debate que tal apéndice podía generar, su autor expresó que no pretendía sumirlo “en las turbulentas aguas de la controversia acerca de Cuba. He escrito acerca del Caribe en general, y Cuba es la isla más caribeña del Caribe. Eso es suficiente” (313).

La asociación de los dos líderes mencionados en su título no estaba dada, según él, porque ambos dirigieran revoluciones en el Caribe, ni respondía a una demarcación conveniente o periodística del tiempo histórico. “Lo que ocurrió en Saint-Domingue entre 1792 y 1804 reapareció en Cuba en 1958” (297), pero aunque la segunda era tan del siglo XX como la primera lo fue del XVIII, “los pueblos que las hicieron, los problemas e intentos de resolverlos, son peculiarmente caribeños; son el resultado de un origen y una historia singulares” (297). Donde existieron la plantación azucarera y la esclavitud –continuó diciendo–, ellas impusieron un “patrón original, no europeo, ni africano, ni de parte de la América continental, ni nativa en ningún sentido concebible de esa palabra, sino caribeño, sui géneris, sin paralelo en parte alguna” (297).

En su exaltación del papel de la región, mencionó los prodigios engendrados por la Revolución de independencia cubana del siglo XIX, el hecho de que ningún panteón caribeño debiera prescindir de figuras como Martí y Maceo. Recordó, por otra parte, que un cuarto de siglo antes de que el Proyecto de Escritores del New Deal comenzara el descubrimiento de los Estados Unidos, ya Fernando Ortiz había emprendido el descubrimiento de su tierra e introdujo al Caribe en el pensamiento del siglo XX, con el primer y único estudio abarcador del pueblo caribeño. A tales hitos sumó el hecho de que los líderes incuestionables del movimiento de emancipación de África no fueron africanos sino dos caribeños: Garvey y Padmore, y destacó que en 1939 Césaire publicó el poema más notable y famoso que se ha escrito sobre África. Una y otra vez volverá sobre esas ideas. Por ejemplo,

en el texto titulado “Poder negro”, dedicado a la figura de Carmichael, James insistió en que una de las experiencias más importantes y significativas de su experiencia era la dimensión en que los antillanos o personas de origen antillano se habían abierto camino en el ancho mundo de la civilización occidental. Garvey, Padmore, Césaire y Fanon son

antillanos que han desempeñado en la escena política mundial un papel que aún no es correctamente comprendido por sus propios pueblos. Una de las tareas que me he impuesto es hacer que la gente comprenda lo que estos hombres han hecho y su significación en la política mundial. (3)<sup>4</sup>

En el contexto de ese artículo con que *Casa de las Américas* abrió su número 48, tales palabras valían para avalar el liderazgo de Carmichael. Contaba James que lo escuchó hablar en Canadá a principios de 1967 y quedó tan impresionado por lo que decía y la forma en que lo decía que tomó la decisión excepcional de escribirle una carta política. James volvió en su artículo a la Conferencia de OLAS para resaltar el contundente efecto que las palabras de Carmichael pronunciadas allí, tuvieron en él. Lo cierto es que el arrojo y el protagonismo del líder del movimiento negro, del joven nacido en el Caribe, venía a refrendar la reiterada tesis de James sobre el desproporcionado papel de los originarios de la región.

## Escena 5

En medio de la creciente hostilidad del gobierno de Lyndon B. Johnson contra Cuba, la Isla decidió organizar en 1966 la Primera Conferencia Tricontinental de Solidaridad Revolucionaria que convocó a más de quinientos delegados de casi una treintena de organizaciones revolucionarias, antimperialistas y de movimientos de liberación nacional de Asia, África y América Latina. De ahí surgió la propuesta de crear la ya mencionada Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) cuya primera Conferencia tuvo lugar entre el 31 de julio y el 8 de agosto de 1967, y a la que asistirían aproximadamente setecientos representantes de ochenta y cinco organizaciones, movimientos revolucionarios, nacionalistas y antimperialistas –entre delegados, observadores e invitados– fundamentalmente de la América Latina, pero también de Asia y África. Como presidente de honor fue declarado, en ausencia (pues para entonces se encontraba luchando en algún desconocido lugar de América), el Che Guevara.

La convocatoria respondía, además, a la exclusión de Cuba de las instancias de relaciones interamericanas; en ese sentido se trataba de una cumbre alternativa, en respuesta a la que la OEA celebraría ese mismo año en Punta del Este, Uruguay. El hecho es que como observador –estatus que pronto se modificó por el de “delegado honorario” de OLAS– llegó a La Habana el varias veces mencionado Stokely Carmichael, quien para entonces era conocido y leído en la Isla, pues la revista *Pensamiento Crítico* había publicado en el número 4, de mayo de 1967, su texto “El poder negro”. Probablemente ningún afronorteamericano generó tanta simpatía en Cuba como él, hasta la llegada de Angela Davis a la Isla en 1969.

Para entender cuáles eran las propuestas de OLAS baste decir que en su primera declaración apostó por la lucha armada y la guerra de guerrillas como mecanismo fundamental para expandir la revolución, y propuso defender el derecho de los pueblos de oponerse a la violencia del imperialismo y responder con la violencia

---

<sup>4</sup> James se abstiene una y otra vez de citar cualquier contribución de Eric Williams porque las discrepancias ideológicas y las confrontaciones políticas entre ambos se radicalizaron tanto que degeneraron en una enquistada rivalidad.

revolucionaria. Asimismo, hubo una condena explícita a la política de coexistencia pacífica propugnada por la Unión Soviética y también a aquellos moderados que se inclinaban por el rechazo a la vía armada. En el propósito de “unirse para coordinar y estimular la batalla de los pueblos explotados de América Latina” (cit. en Carbone 55), se hacía necesaria “una política de solidaridad latinoamericana y tercermundista en la lucha contra el imperialismo y el colonialismo” (cit. en Carbone 56), que implicaba apoyar al propio pueblo de Estados Unidos y especialmente a la comunidad negra “que sufre a la vez la explotación de clase, miseria, desempleo, discriminación racial y negación de los más elementales derechos humanos, y constituye una importante fuerza a considerar en el contexto de la lucha revolucionaria” (cit. en Carbone 56). No fue extraño, pues, que el máximo referente del Black Power, Stokely Carmichael, fuera invitado “a la prohibida cuna de la Revolución” (Carbone 54), recibido con honores y que, aparte de sus intervenciones públicas, tuviera varios encuentros personales con Fidel Castro, experiencia que aquel calificó como la “más educativa, más interesante y el mejor aprendizaje de mi vida pública” (cit. en Carbone 56).

En el discurso pronunciado en OLAS, Carmichael aseguró a los presentes que cada día se hacía más evidente que compartían la lucha contra un enemigo común: la “sociedad occidental imperialista blanca” (cit. en Seidman s/p). Esa lucha debía derrocar al sistema que se expande por medio de la explotación económica y cultural de los demás pueblos: “nuestros destinos están entrelazados. Nuestro mundo solo puede serlo el Tercer Mundo; nuestra única lucha en favor del Tercer Mundo; nuestra única visión, la del Tercer Mundo” (cit. en Seidman s/p). Defiende la integración cultural apelando explícitamente a la idea de Fanon de que dondequiera que la sociedad occidental se ha establecido, ha impuesto su cultura por medio de la fuerza. Y si bien reconoce que era inevitable la unión por lazos raciales, ella no es sino el comienzo necesario: “Ya que han utilizado nuestro color como un arma para oprimirnos, debemos usar nuestro color como un arma de liberación” (cit. en Seidman s/p).

No fue difícil percibir que la mayor parte de las declaraciones de Carmichael en OLAS parecían destinadas más a los oídos de la comunidad negra en los Estados Unidos y de manera indirecta al *establishment* de ese país, que a forjar lazos con los representantes de movimientos de liberación allí presentes. Como es natural, mientras en Cuba era vitoreado y ensalzado, el *New York Times* lo acusaba de “predicar un evangelio de odio y violencia” (cit. en Seidman s/p). La visita de Carmichael a Cuba –ha expresado Sarah Seidman– muestra una convergencia en la lucha de los afroamericanos y la Revolución Cubana. Los activistas negros vieron a Cuba como un modelo para resistir el poder en su país, erradicar el racismo y promulgar cambios sociales, mientras que el gobierno cubano los consideró aliados contra el imperialismo estadounidense y defensores de la postura antirracista de Cuba. La presencia de Carmichael en La Habana y en particular sus encuentros con Fidel Castro tuvieron repercusión en todo el mundo. Una visión “tricontinental” compartida que promovía la unidad en el Sur Global contra el imperialismo, el capitalismo y el racismo facilitó la solidaridad de ambas figuras. Esa alianza demostró las afinidades personales y los puntos ideológicos en común, pero no resultó en una alianza institucional entre el movimiento de liberación negra y el Estado cubano.

Ciertas desavenencias posteriores distanciaron las posiciones, si bien no llegaron a la ruptura. No es casual que el mismo número de *Casa de las Américas* (58, de 1970) que dedicara un amplio dossier al Primer Festival Panafricano de Cultura, celebrado en Argel el año anterior, publicara la “Carta Abierta a Stokely Carmichael”, firmada en julio de 1969 por el también líder afroestadounidense y Ministro de Información del Partido Pantera Negra, Eldridge Cleaver. El inicio mismo de aquella misiva no podía ser más desafiante. Cleaver

le espeta al destinatario que su renuncia como Primer Ministro del Partido Pantera Negra llegó casi un año tarde, desde el día de su nombramiento para ocupar el cargo, pues los hechos demostraron que no era el hombre adecuado para ocuparlo. Le reprocha también que no distinguiera a amigos de enemigos porque todo lo veía a través del color de la piel;

deberías saber que el sufrimiento no tiene color, que las víctimas del imperialismo, el racismo, el colonialismo y el neocolonialismo son de todos los colores, y que necesitan una unidad basada en principios revolucionarios y no en el color de la piel (Cleaver 59).

Y remataba Cleaver su diatriba afirmando que si algo habían aprendido de la historia tanto los enemigos del pueblo negro como “nosotros”, “y que a ti parece pasarte inadvertido”, es que no va a haber ninguna revolución o liberación negra en los Estados Unidos mientras los revolucionarios negros, blancos, mexicanos, puertorriqueños, indios, chinos y esquimales no tengan la voluntad o el poder de unirse.

A pesar de esas y otras discrepancias, la admiración mutua entre la Revolución cubana y el ala radical del movimiento (incluido Carmichael) se sostuvo. Ya en el editorial del mencionado número de *Casa de las Américas* dedicado a África en América se decía, al alabar “la pasión con que los negros norteamericanos abordan sus problemas”: “Podemos no compartir siempre sus opiniones, pero entendemos, compartimos y admiramos su postura enérgica y violenta, que es hoy honor de su pueblo, honor del ser humano” (4). Y aunque con el tiempo muchas pasiones se diluirían, la presencia de Carmichael en La Habana pareció sellar una alianza y

puso de manifiesto las simpatías y referencias ideológicas entre un movimiento negro cada vez más radicalizado y el movimiento revolucionario cubano como modelo, pero también, el aval y respaldo que desde Cuba existía para la comunidad afroestadounidense en la lucha por sus derechos. (cit. en Carbone 61)

Que en pocos años la situación cambiara de manera dramática y que, vistos desde hoy, muchos de estos acontecimientos parezcan piezas arqueológicas, no le resta potencia a ideas que modificarían el modo de ver el mundo, desde el radicalismo de una época enmarcada por las luchas anticoloniales. Estas “escenas transcaribeñas” pueden ayudar a entender esa apasionante y turbulenta historia.

## Bibliografía

Acosta de Arriba, Rafael. “El Congreso Olvidado. Rescate en el tiempo del Congreso Cultural de La Habana, de enero de 1968”. Multimedia. La Habana, 2014.

Bosch, Juan. *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. Madrid: Alfaguara, 1970.

Carbone, Valeria. “Estados Unidos, el Black Power y el Tercer Mundo: un análisis de las implicaciones de la visita de Stokely Carmichael a Cuba, en agosto de 1967”, *Revista Universidad de La Habana* 284 (2017): 51-67.

Chailloux, Graciela; Kari Levitt y Norman Girvan (Comps.). *Por la soberanía intelectual del Caribe: el grupo Nuevo Mundo*. La Habana, Casa de las Américas, 2020.

Cleaver, Eldridge. “Carta Abierta a Stokely Carmichael”. *Casa de las Américas* 58 (1970): 59-62.

Cruse, Harold W. "Cuba y el negro norteamericano." En *Cuba: transformación del hombre*. Calvert Casey (sel. y ed.). La Habana: Casa de las Américas, 1961.

\_\_\_\_\_. "A Negro Looks at Cuba." En *The Essential Harold Cruse. A Reader*. William Jelani Cobb (ed). New York: Palgrave, 2002.

James, C.L.R. *Los jacobinos negros*. La Habana: Casa de las Américas, 2010.

\_\_\_\_\_. "Poder negro". *Casa de las Américas* 48 (1968): 2-14.

Salkey, Andrew. *Havana Journal*. Londres: Penguin Books, 1971.

Sarah Seidman: "Tricontinental Routes of Solidarity: Stokely Carmichael in Cuba", *Journal of Transnational American Studies* 4/2 (2012). Disponible en <https://escholarship.org/uc/item/0wp587sj>

Vitier, Cintio. *Lo cubano en la poesía*. La Habana: Ediciones Unión, 2021.

Williams, Eric. *El negro en el Caribe y otros textos*. La Habana: Casa de las Américas, 2011.

\_\_\_\_\_. *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean 1492-1969*. Londres: Deutsch, 1970.